



ORIENTE 20

Violencia en la universidad: una mirada desde el oriente venezolano

María Palomo* / Inés Aray**

En el presente artículo se analiza la situación de la violencia en dos universidades emblemáticas del Oriente del país como son la Universidad de Oriente-Núcleo Monagas (UDO-Monagas) y el Instituto Pedagógico de Maturín Antonio Lira Alcalá (UPEL-IPMALA), procurando elaborar un diagnóstico del fenómeno en la región y ofreciendo algunas luces que permitan la construcción de una cultura de paz y la promoción de una ciudadanía activa en el contexto universitario.

Resulta necesario determinar el tipo de violencia que prevalece en las casas de estudio, haciendo referencia a algunos episodios y dinámicas representativas del fenómeno. Hay acuerdo en que la violencia es un fenómeno de tipo social en donde una o varias personas buscan ejercer presión de forma física, psicológica o cultural, sobre cualquier persona o grupo de individuos. Esta tiene diferentes manifestaciones que la hacen evidente. Pernalet (2015) nos habla de violencia visible e invisible. La primera “se siente: los golpes, empujones, la muerte [...] la invisible no la vemos pero existe:

injusticia, el hambre y el desempleo” (p. 14). También tenemos la cultural, psicológica, la verbal y la de género.

Si consideramos dicha situación desde lo que ocurre tanto en la UDO-Monagas como en la UPEL-IPMALA, hay que decir primeramente que ambas forman a unos veinte mil (20.000) estudiantes provenientes del mismo estado o de regiones circunvecinas y constituyen centros realmente dinamizadores a nivel académico y tecnológico del desarrollo del oriente del país. No obstante, hoy se ven golpeadas por el maltrato y abandono gubernamental y prácticamente se encuentran indefensas ante el flagelo de la violencia, así como sus autoridades están de manos atadas porque con una asignación presupuestaria tan estrecha resulta casi imposible preservar el funcionamiento integral de las universidades.

Así por ejemplo, en el caso de la UDO-Monagas la manifestación de la violencia viene expresada en acciones delictivas, entre las que se pueden mencionar: hurto de equipos y materiales de la universidad; hurto contra los bienes de la población universitaria; robos e intentos de robos; agresiones físicas y sexuales, secuestros y amenazas; daños a bienes de las universidades; riñas; consumo y tráfico de drogas; protestas violentas con encapuchados o sin encapuchados; enfrentamientos de tipo político ideológico.

Esta violencia adquiere alarmantes dimensiones cuando en el año 2011 se produjo, dentro del núcleo, un enfrentamiento con armas de fuego entre los propios estudiantes, por causas aún no aclaradas y, que trajo como resultado, un estudiante herido de bala y una joven estudiante lesionada cuando intentaba huir del fuego cruzado.

En efecto, los esfuerzos de los actores que hacemos vida universitaria resultan infructuosos ante un Estado que lejos de procurar resolver la crisis, pareciera empeñado en profundizarla, a sabiendas de lo que significan la universidades dentro de las naciones, como centros donde convergen de forma cotidiana diferentes saberes, pensamientos, doctrinas, posiciones y conocimientos.

Como signo extremo de la violencia, el 27 de enero de 2016 se produjo un linchamiento dentro de las instalaciones de la UDO-Monagas. Después de robar a 46 estudiantes en el aula 62 del *alma mater* y golpear a su profesor, uno de los tres delincuentes fue linchado por estudiantes quienes lo golpearon hasta darle muerte. Esta fue la tercera vez, en menos de un año, que se producía un hecho semejante; pero en esta ocasión el delincuente falleció dentro del recinto universitario, configurándose de esta forma un delito mayor como el de homicidio. A pesar de tan reprochable y extrema acción de violencia, esto no ha evitado que sigan sucediéndose actos de robos, hurtos y asaltos.

Por su parte, en la UPEL-IPMALA, la violencia igualmente tiene su expresión a través de la inseguridad que expone, permanentemente, a los miembros de la comunidad universitaria a delitos como: hurtos, robos de vehículos, asaltos a mano armada dentro de las aulas, hurto de equipos y computadoras, hurto de equipos de aire acondicionado, entre otros; todo esto con una frecuencia inusitada que ha conducido al desmantelamiento de importantes áreas académicas.

La violencia también se expresa cuando existe el consumo de bebidas alcohólicas en algunas plazas internas de la institución. Como agravante a estos hechos, en la UPEL-IPMALA se la ha instalado la violencia de tipo política ideológica que llevó, al inicio del 2015, a los sectores oficialistas y opositores a enfrentarse físicamente usando armas blancas, resultando heridos de gravedad varios estudiantes. Esta situación condujo a la paralización de actividades por más de una semana.

Adicionalmente a estos hechos tan lamentables, en lo que va del año 2016 el hambre, la precariedad y la desesperanza tienen su eco en el ambiente universitario de ambas casas de estudio donde, día a día, muchos de los estudiantes –en un gran esfuerzo por no desertar a su formación– asisten a las clases careciendo de las energías y nutrientes para soportar las jornadas universitarias, privados de comedores y en condiciones de temperaturas extremas (por falta de luz o de aire acondicionado). Es decir, un empobrecimiento acompañado de impunidad generalizada.

Ahora bien, los episodios y dinámicas arriba descritas, como puede verse, no son hechos aislados, sino que forman

parte de una cultura de la violencia. Las dimensiones de la crisis han traspasado las fronteras de los ámbitos sociales convencionales hacia los campus universitarios, esto como resultado de la incapacidad notoria o desidia que muestran los organismos oficiales encargados del área.

En efecto, los esfuerzos de los actores que hacemos vida universitaria resultan infructuosos ante un Estado que lejos de procurar resolver la crisis, pareciera empeñado en profundizarla, a sabiendas de lo que significan la universidades dentro de las naciones, como centros donde convergen de forma cotidiana diferentes saberes, pensamientos, doctrinas, posiciones y conocimientos. Pero además son fuente de una creatividad infinita que está, en muchos casos, limpia de sesgos e intereses y plagada de ideales inmensos que invitan a cambiar al mundo. Esta sería una razón por la cual se persigue el deterioro sistemático de nuestras máximas casas de estudios y un ejemplo de ello lo tenemos en UDO-Monagas y la UPEL-IPMALA.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CULTURA DE PAZ COMO ALTERNATIVA ANTE LA VIOLENCIA

Lo único que contrarresta la cultura de la violencia, es la cultura de paz, definida como “[...] una clase del conjunto de culturas posibles, con ciertas características diferenciales que permiten distinguirla de formas culturales tendientes al conflicto, a la promoción de éste fuera de sí, o bien que asumen formas abiertamente conflictivas”. (Velasco, C, 2007: p. 1). Su implementación sería a través de los mecanismos que nos brinda la educación para la paz. Todo lo cual, traducido al contexto universitario, implica: 1) trabajar conjuntamente para evitar conflictos y violencia, coadyuvando a la convivencia; 2) Evitar la exclusión por motivos sociales, políticos o económicos, fortaleciendo la diversidad (multiculturalidad); 3) Ampliar los conocimientos como un eje transversal sobre ciudadanía democrática y derechos humanos, medio ambiente y preservación de la biodiversidad, desarrollando estrategias creativas y conjuntas que permitan reducir los daños de la violencia.

* Investigadora UPEL-IPMALA.

**Investigadora UPEL-IPMALA – Coordinadora FOCO Oriente.